

Género y dolor

Diamela Eltit

Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación
New York University

Resulta importante establecer una pregunta acerca de las condiciones impuestas a los ensayos académicos para ser considerados de excelencia porque establecen una normativa demasiado estrecha interceptando el flujo creativo que cualquier ensayo debería portar. No se trata, desde luego, de improvisar o sortear lecturas y referencias indispensables que posibilitan precisamente el sedimento conceptual que todo ensayo contiene, sino, más bien, mi pregunta alude al deseo institucional de controlar esa trama (el ensayo) e imponerle las pautas rígidas que reprimen o bien oprimen su narratividad como un proceso que acepta y requiere de una pluralidad de estrategias para desplegarse teórica y estéticamente.

De manera progresiva se ha establecido un peligroso consenso en torno a los protocolos de la escritura considerada académica. Protocolos que, en definitiva, privilegian un deseo de academia que controla la escritura misma cuando en realidad las escrituras deberían construir la academia desde la multiplicidad de técnicas, objetos y problemas que pueblan el campo intelectual.

Mi pregunta entonces alude a los límites de la escritura y su transcurso. La progresiva masificación de los estudios de posgrado le ha impuesto un fuerte componente didáctico al imponer un mismo modelo a las producciones que dan cuenta de sucesos culturales. Es realmente curioso que la expansión formativa implique una contracción discursiva cada vez más estricta, semejante a las prácticas que pretendían establecer una letra seriada mediante los rígidos cuadernos de caligrafía. Ocupando esta imagen es posible pensar en las pautas de publicación de ensayos académicos como los nuevos soportes caligráficos que buscan la homogeneidad no solo de una pauta, sino que lo que realmente está en juego en esas pautas es la construcción de lo mismo que abre el horizonte a la petrificación del sentido.

Resulta interesante pensar que todo pensamiento analítico comporta una determinada ficción, no en el sentido estrecho del delirio y su ruptura metafórica con el universo de lo real, sino más bien pensar que la operación de lectura requiere de un umbral que no puede sino provenir del resultado de la imaginación que une o desune textos para generar una superficie que, en definitiva, proponga lecturas desde un conjunto agudo de un conjunto de operaciones de lecturas.

El ensayo académico le pertenece a la práctica intensa de cruces de lecturas. Le pertenece a la audacia de escribir una lectura más. En esa dirección el

Parte del Proyecto N° 1120098 "Género y Dolor: Prácticas de emancipación en correspondencias de Elena Caffarena y de Gabriela Mistral durante la primera mitad del siglo XX".

ensayo contiene una diversidad de signos que ingresan de manera compleja y abren una disyuntiva en torno a lo propio y a lo ajeno. Una zona temblorosa e inestable, un espacio abismal que muestra y demuestra que en el filo de lo propio yace la extensión de lo ajeno que ya no es ni propio ni ajeno, sino se suma a una red de sentidos que aspiran a conformarse o confirmarse como una cita en el sentido más pleno y ambiguo que convoca la palabra cita.

No puedo dejar de preguntarme qué instancias o qué modelos generaron un consenso tan extraordinariamente homogéneo en las pautas (caligráficas) requeridas para los ensayos académicos y cómo se naturalizaron hasta tornar semejantes y hasta indistinguibles, por su uniformidad, a las revistas que deberían contener las analíticas más vibrantes para pensar las subjetividades actuales y sus desplazamientos.

En ese sentido es posible concebir un gesto robótico para configurar un mercado de escrituras que precisamente se sustenten en las marcas más nítidas para garantizar un consumo masivo sin sobresaltos. Acrítico.

La tarea lectora para el "campo" literario (tal como lo señala Pierre Bourdieu) implica torcer y retorcer la linealidad de la lectura, implica el riesgo de establecer analogías sostenidas desde una poética y desde una política con la letra. Como una práctica discursiva apasionada y apasionante, las fronteras impuestas por el consenso lesionan el "campo" del ensayo especialmente en el territorio necesario e incierto de las investigaciones que lleva adelante Fondecyt (más aún si se considera que esta valiosa institución pretende ser trasladada como patrimonio al Ministerio de Economía).

Abogar por la ampliación de las reglas es una tarea necesaria no solo desde afuera de la academia (que es un espacio previsible), sino especialmente desde dentro para impedir la serialidad que imprimen las normativas y promover así el despliegue de las subjetividades analíticas. No se trata desde luego de impedir esas normativas sino más bien abrir brechas y fugas en su interior que no dañen a sus promotores sino que se incorporen como líneas quizás minoritarias que garantizan la pluralidad.

Quisiera explicitar aquí una ruta de pensamiento. Poner de manifiesto cómo conseguí organizar un campo investigativo que no abomina de la incerteza y, más aún, de su excentricidad con respecto a las investigaciones formales. Desde varias décadas, me interesan los recorridos de la producción de mujeres. Lo femenino como decisión cultural, como campo sumiso e insumiso, a la vez, como destino pero también como desafío ha estado presente y activo en mi propio derrotero cultural. Parte importante de mis investigaciones Fondecyt se han articulado desde esa matriz y los resultados me indican que los dilemas siguen el inexorable curso de la asimetría que obstaculiza el transcurso democrático y produce "dolor" en la base social signada por las irregularidades en las asignaciones de género. La poeta, crítica e investigadora Eugenia Brito y la tesista Rocío Alorda forman parte de esta aventura y sin su inteligente compañía esta reflexión no sería posible.

Cómo pensar los dilemas de género para ciertos cuerpos chilenos que habitaron ardientemente la primera mitad del siglo XX, esa primera mitad traspasada por los sentidos impresos desde la Colonia y su devenir ambiguo

e interceptado, a su vez, por la industrialización que iba a considerar de manera creciente a la mujer como fuerza trabajadora. La cuestión del género femenino, más allá de establecerse como una constante subordinación a lo largo de la historia del mundo, tiene particularidades territoriales puesto que cada sitio, independientemente de su pertenencia a la cultura occidental o no occidental, configura su propia red de sentidos de acuerdo a una serie de variables múltiples que imprimen a los cuerpos las ordenanzas y las movilidades culturales.

Se puede hablar de un "universalismo" en cuanto a que la condición del género femenino navega entre los límites de diversas subordinaciones. Sin embargo, esa diversidad expresa por una parte la constancia universal de la subordinación, pero, por otra, una movilidad que permite atisbar una ruptura y acaso un quiebre.

Las discusiones teóricas en torno al género no han cesado. El siglo XX fue pródigo en discursos para pensar y promover políticamente la llamada "cuestión de género". Desde todos los ángulos críticos la condición de la mujer fue analizada, pensada y repensada. El llamado primer feminismo que abogó por lo derechos civiles de las mujeres y que, en ese sentido, consiguió abrir diálogos (a veces difíciles) con los sectores progresistas se multiplicó en posiciones diversas no solo políticas sino especialmente teóricas.

Esa expansión del pensamiento y de la acción "feminista" generó una respuesta multifocal que buscó caricaturizar los saberes y las experiencias de género para así promover el rechazo del término "feminista", especialmente entre las mujeres que temían ser "discriminadas" por la categoría que paradójicamente apelaba a la no discriminación en los sentidos más históricos del término.

Los años ochenta del siglo XX en Chile, fueron años "feministas" que participaron activamente en los frentes antidictatoriales. De alguna manera esos feminismos fueron comprendidos como iniciáticos en el país, precisamente por el silencio impuesto a la "historia de la mujer" desde el punto de vista académico y su difusión en los programas escolares, borrando así la opresión y la lucha histórica por sus derechos civiles. Pero más adelante se produjo, durante la transición a la democracia (los noventa), el quiebre de su expansión por la fragmentación de sus líderes que se integraron a los procesos políticos o bien fueron segregadas a representaciones minoritarias y esporádicas.

No obstante, los estudios académicos y las producciones críticas locales no han cesado de mantener una mirada atenta acerca de las producciones históricas y culturales de las mujeres, como también sobre la actualidad de los debates de género y sus constantes movimientos teóricos.

La propuesta a indagar en las relaciones múltiples contenidas tanto en su literalidad como en el universo simbólico entre género y dolor a partir de la correspondencia entre los años 1935 y 1940 de la líder feminista Elena Caffarena, quien fuera fundadora del Movimiento pro-Emancipación de la Mujer Chilena, MEMCH, como también la correspondencia entre Gabriela Mistral y Doris Dana recogida en el libro *Niña Errante*, editado por Lumen el

año 2009, permite atisbar el imaginario social construido en la primera mitad del siglo XX en torno al cuerpo y la construcción de lo femenino.

El punto de partida de este trabajo se estableció desde dos observaciones que podrían considerarse banales. Mientras examinaba la extensa producción del archivo de Elena Caffarena (a quien tuve el honor de conocer y entrevistar en los años ochenta y noventa) me interesó un aparente detalle: una fisura en uno de sus textos más importantes en donde ella estableció en un alegato jurídico-testimonial, que se le restableciera su derecho a sufragio universal que le habían retirado las autoridades porque sobre ella se dejó caer la ley de Defensa Permanente de la Democracia, mediante la cual el gobierno de Gabriel González Videla suspendió derechos constitucionales a la población comunista y, más aún, estableció numerosas relegaciones en la localidad de Pisagua, situada en el norte del país.

Elena Caffarena fue una reconocida luchadora por el voto universal para la mujer chilena junto a otras prominentes líderes de la época como Amanda Labarca, y no dejaba de ser paradójico que días después de la aprobación del voto universal a las mujeres (a cuyos múltiples festejos no fue invitada por las autoridades), en enero de 1949, se le retirara el derecho a voto por el cual tanto luchó. Sin embargo, ella, de profesión abogada, defendió personalmente su situación en un histórica carta dirigida al Conservador de Bienes Raíces de la época para apelar ante el Tribunal de Elecciones. Ella transformó la carta en un vibrante alegato político amplio, inteligente, y muy bien documentado. Básicamente ella señaló que no pertenecía al Partido Comunista (Elena Caffarena era de filiación anarquista) y mostró su formación cultural al dar cuenta de los escenarios político, sociales y de género de su época.

Sin embargo, en un sector de su discurso ella expresó: "si no pasaran los años y no tuviera mi salud seriamente quebrantada, ya habría tomado una decisión" 1. Cuando escribió esas palabras ella tenía cuarenta y seis años. Me asombró que Elena Caffarena en ese documento se refiriera así al estado de su cuerpo, especialmente mientras yo misma era testigo de su excelente estado físico e intelectual en el curso de esos años finales de la dictadura chilena y, más adelante, en los noventa, igualmente atenta y crítica hacia los pormenores de la transición. Pero también me interesó esta inclusión de índole más personal y biológica, en una dirigente pública formada en la ausencia de menciones emocionales. Hay que consignar que Elena Caffarena vivió hasta los cien años. Un siglo entero de vida y de experiencia.

En otro sentido y desde otra estructura cultural y emotiva, la poeta y ensayista Gabriela Mistral, la escritora chilena más consagrada por el canon literario, se caracterizó por frecuentes menciones a su salud y a su vejez desde épocas muy tempranas en su vida. Su correspondencia es elocuente y sistemática para aludir a diversos males que la aquejaban y cómo le pesaba el transcurso del tiempo. De hecho no fue a recibir el primer premio que consiguió en los Juegos Florales en 1914 con su poema "Sonetos de la Muerte" y donde estaba invitado el Presidente de la República de la época, Ramón Barros Luco. No lo hizo y en su representación fue su joven amigo y admirador literario Isauro Santelices, con quien mantuvo una prologada correspondencia. En una carta enviada a su joven interlocutor, Gabriela Mistral

le dice que no acudió a esta ceremonia porque se consideraba una “vieja”, no obstante estuvo presente de manera anónima en la galería del teatro que celebraba la fiesta universitaria. En ese momento la poeta tenía veinticinco años. Hay que consignar que parte importante de la correspondencia ha sido recogida por sus estudiosos y publicada a lo largo del siglo XX.

Como lectora de sus cartas yo estaba plenamente familiarizada con esta manera de autorrepresentarse de Mistral. Pero cuando se publicó la correspondencia recogida en el volumen *Niña Errante*, sus misivas alcanzaron una repercusión mayor en la esfera pública, porque allí era completamente legible el lesbianismo de Gabriela Mistral. Un lesbianismo mantenido en secreto por las distintas oficialidades culturales y políticas que consideraban lesiva o deshonrosa esa condición.

En mi caso particular me resultó apasionante el vuelco dado por el Estado chileno que había exaltado en Gabriela Mistral su lado materno mediante la profusa tarea pedagógica de memorizar aquellos poemas en que manifestaba la preocupación por la infancia, como también la recurrencia en citar su amor platónico por un joven suicida, Romelio Ureta, hecho que le habría impedido retomar su vida amorosa. Ambos aspectos, el amor platónico y una maternidad traspuesta en el amor a los niños chilenos en su oficio poético y en su labor como maestra de escuela y en liceos estatales fueron aspectos primordialmente exaltados por los textos escolares aprobados y difundidos masivamente por el Ministerio de Educación.

Sin embargo esa particular pertenencia a una maternidad diferida y al “amor imposible” (biografía que ella misma estimuló) dio en los inicios del siglo XXI, como diría Henry James, “una vuelta de tuerca”, pues fue el Estado el que adquirió parte del archivo de Mistral que estaba bajo la tutoría de la sobrina de Doris Dana, Doris Atkinson, y permitió que esa correspondencia, una vez que se gestionó su pleno ordenamiento, fuese publicada.

En el curso del siglo XXI Gabriela Mistral reapareció ya no como la doliente víctima de un amor imposible cortado por la muerte, sino como una mujer de sesenta años que emprendía un apasionado epistolario en que daba cuenta de su relación con una joven y culta lesbiana norteamericana a la que le legó sus bienes y la nombró albacea de su obra: Doris Dana. Los tiempos estatales y sus nuevos dilemas en torno al cuerpo y la sexualidad posibilitaron que después de más de medio siglo se aceptara su disidencia sexual.

En ese tiempo recibí numerosos comentarios orales acerca de esta publicación, celebrando la importancia de que se rompiera ese mito débil e idealizado en torno a Gabriela Mistral, pero los comentarios eran recurrentes en torno a la sorpresa o el agotamiento que significaba leer las numerosas quejas acerca de la salud y la pormenorizada cuenta de los síntomas que aquejaban a la poeta. Esas quejas disminuían, según las opiniones, la eficacia del libro, pues parecían excesivas.

Como conocedora de la correspondencia de Gabriela Mistral no me resultaba extraño este aspecto del libro, salvo que me parecía que en la publicación de sus últimas cartas ya la enfermedad que afectaba su lucidez era evidente y

lamenté que no hubiera por parte de los responsables de la edición esa advertencia que hacían que las cartas de su última época resultaran erráticas.

Parecía necesario situar la epístola como un género sometido a protocolos muy específicos. O, dicho de otra manera, poner de manifiesto el modelo de la retórica oficial que estructura a la carta. Me refiero a sus estrictas condiciones: la fecha, los saludos, las despedidas. En la medida que el modelo que estructura la carta quede de manifiesto, su espontaneidad queda en suspenso por las condiciones de producción de la epístola y cortesía epocal que las caracteriza.

Me parece necesario enfatizar también que una de las formas primordiales de la cortesía epistolar radicaba en la pregunta por la salud, que efectivamente signaba el modo de iniciar el diálogo social. El cuerpo entonces ocupaba un espacio, digamos, "orgánico". Esa pregunta orgánica era estratégica como vehículo de intercambio verbal. Desde esta perspectiva, las cartas de Gabriela Mistral no estaban fuera de las normas de su tiempo, más allá de las libertades literarias con las que dramatizaba sus males y resaltaba sus síntomas.

Por otra parte, tuve el privilegio de acceder a la correspondencia de Elena Caffarena con las integrantes a lo largo de Chile del MEMCH gracias a la gentileza de su nieta, la historiadora Ximena Jiles, quien junto a la historiadora Claudia Rojas me proporcionaron una copia de este inestimable archivo que hoy radica en la Biblioteca Nacional.

En algunas de esas cartas emanadas desde distintos lugares geográficos de Chile que buscaban la construcción de una organización de mujeres más ambiciosas de todos los tiempos, las socias nombraban sus enfermedades que limitaban sus movimientos. De manera múltiple estaba instalado en las mujeres que empezaban su recorrido social más autónomo el síntoma corporal doloroso que, en esos momentos, podía y debía ser escrito y comunicado.

No pude dejar de pensar, desde un lugar menos literal, que era necesario "escuchar" esos dolores de las mujeres e intentar entenderlos de una manera poética y crítica. Paralelamente pensé en la "muerte" de la histórica carta caligráfica o mecanografiada por la precipitación de nuevos sistemas comunicativos que la volvían menos recurrente. Queda, desde luego, en pie la carta burocrática, despersonalizada que incrementará otros archivos.

Pensé, desde otra perspectiva no menos caótica, que el engranaje del siglo XX y el XXI y la extensión de los sistemas neoliberales habían retirado de la comunicación epistolar la pregunta protocolar por la salud. Pensé incluso que hoy la pregunta por la salud podría resultar incómoda y hasta agresiva, porque el cuerpo neoliberal es un cuerpo-trabajo sin órganos como no sean los que le pertenecen al "consumo" orgánico como son los seguros de salud privados o la esfera estricta de los consultorios y hospitales estatales. La salud como tema de intercambio y comunicación social ya es memoria. Los órganos (el pulmón, el corazón, los ovarios, el riñón, entre otros) se retiraron de la esfera convencional de la comunicación y del interés por el otro y así se reprimió el dolor como ingreso a la circulación de las hablas. El cuerpo se ha desplazado hacia su presencia más exterior y en los recodos del

siglo XX queda la última huella de la letra como zona habitable por los síntomas de la enfermedad.

En otro registro de pensamiento las poderosas imágenes culturales de Elena Caffarena y Gabriela Mistral muestran entre el dolor que experimentan o la salud severamente lesionada por el paso del tiempo (en el caso de Elena Caffarena a sus cuarenta años o la vejez de Gabriela Mistral a los veinticinco), que su (mal) estado no detuvo una ruta extremadamente productiva ni derribó sus liderazgos. Entonces, desde esa literalidad y fundándome en el concepto de "emancipación" como centro fundamental del MEMCH y que ha sido repuesto en los ámbitos intelectuales por el pensador francés Jacques Ranciere como aquel sitio de ampliación en el que la ordenanza es diferida, pensé que ese dolor (y sus ineludibles signos de muerte expresados en su enunciación) se emancipaba mediante la organización social en el caso de Elena Caffarena y sus asociadas, las que, a su vez, replicaban desde diversas geografías ese dolor –digamos– femenino, pero sus órganos resistían mediante precisamente el ingreso a una orgánica feminista.

En el caso de Gabriela Mistral resulta especialmente provocativo que ese dolor que circunda y en cierto modo cerca la epístola desaparece cuando ella le escribe a Doris Dana desde el otro género. Cuando parodia la letra masculina realiza una performática de género que suspende, digamos, la materia más tangible y clasificadora del órgano. En ese juego de desplazamientos la identidad se moviliza, fluye hasta su inversión, es cuando el discurso epistolar mistraliano se vuelve poderoso, amenazante, posesivo. En esos momentos discursivos poderosos y, digamos, saludables es cuando el sentido cambia, porque la poeta establece una apropiación de una geografía cultural asignada y transitada en la textura amorosa del sujeto masculino. En esta operación lúdica y erótica muestra en cuánto el género dispone y predispone a unas categorías convencionales. En su juego radical Gabriela Mistral entra y sale del dolor mediante precisamente el juego incesante de la posibilidad de desplazarse gramaticalmente por el laberinto de los géneros, porque la letra y su posibilidad de sentido le permiten habitar el dolor que la signa y evitar ese mismo dolor mediante la dominación virtual de un masculino que subyuga a la otra (la representación de Doris Dana en la letra), pero especialmente domina a su propio femenino liberándolo de sí y desatándolo de sus (debilitados) órganos.

Mal leí al filósofo italiano Giorgio Agamben tomando parcialmente un concepto suyo relativo a la definición de contemporaneidad. Tuve la certeza que yo misma debía hacerme contemporánea de Gabriela Mistral, de las socias del MEMCH y de Elena Caffarena no en el sentido de retroceder en el tiempo, sino más bien trabajar en un vértice donde es posible ingresar a un tiempo suspendido, a ese lugar opaco de confluencia de varios tiempos que marcan un espacio no consumido ni menos consumado por los consensos, considerando además que Gabriela Mistral, Elena Caffarena y las socias del MEMCH reunían también una suma de diversos contemporáneos que implementaron su vigencia.

El ingreso a un tiempo suspendido, la urgencia de ser contemporánea en aquella arista del tiempo que no se agota en la fecha, me permitió pensar en

la teórica Judith Butler con la misma intensidad con la que pensaba en una cierta historia de las enfermedades chilenas en la época poscolonial. Pude acercarme a la viruela y la resistencia de la población chilena a la vacunación estatal de la misma manera en que instalaba el poder médico su trama orgánica sobre el aparato reproductor de la mujer en la larga guerra de desalojo de la figura histórica de la partera para instalar en su lugar a la matrona bajo la estricta formación y supervisión médica. Ese mismo tiempo suspendido en el que la pensadora chilena Julieta Kirkwood abrió una impronta siempre en curso para pensar aquello irresuelto entre las organizaciones y la mujer.

Se podía leer a Gabriela Mistral bajo el prisma de los estudios *queer* dominantes en la actualidad. Ingresar a ese sector de la práctica mistraliana desde las posturas teóricas de la constante performática señalada por Judith Butler, o se la podía leer en relación con los códigos lésbicos de su tiempo, o se la podía leer desde el juego de la letra que es el territorio productivo de la escritora latinoamericana más reconocida de la época. Entre la ficción, los usos privados de la época o el divagar entre los géneros como alternativa de rebelión contra los binarismos, cada una de las posibilidades o, más aún, su suma me siguen pareciendo fundamentales para conseguir un trabajo múltiple en torno al dolor y la emancipación.